

CAPITULO I.

NUEVAS TRANSFORMACIONES DEL ARTE ERUDITO.

Aparicion del elemento caballeresco en la literatura española.—Origen del sistema poético que lo desarrolla.—Distintas y contradictorias teorías sobre este punto.—Teoría de los arabistas.—Sus contradicciones.—Teoría clásica: su apoyo en las tradiciones latinas.—No es suficiente para resolver el problema propuesto.—Teoría indo-germánica: sus fundamentos históricos.—Verdaderos elementos constitutivos de la poesía caballeresca.—El feudalismo.—Su espíritu: sus fines políticos.—Protesta del sentimiento de libertad contra este opresor sistema: su personificación en el arte.—Naciones en que florece espontáneamente la literatura caballeresca.—Division de sus ficciones: el ciclo breton: el ciclo carlowingio.—Obras principales que producen.—Su desemejanza con las del arte español.—Conócenlas los eruditos: monumentos que lo revelan.—Los poemas; las crónicas: las leyes.—Momento favorable para tomar cuerpo en la literatura castellana.—Venida de ingleses y franceses á mediados del siglo XIV.—Efecto de la misma en la política y en las letras.—Aparicion del arte alegórico.—Influencia de la *Divina Commedia*: Miçer Francisco Imperial.—Repugnancia de los eruditos á esta innovacion.—Pero Lopez de Ayala.—Inclinase este á la imitacion clásica, al escribir la historia nacional.—Triple modificacion del arte.—Resúmen.

Domina en la historia de los pueblós y fija de continuo las leyes accidentales de su existencia y de su cultura el frecuente roce y comercio de las diversas nacionalidades que reciben vida y se desarrollan en el transcurso de los tiempos, ya sea el referido contacto hijo de la paz, ya de la guerra. Mas este hecho notabilísimo y trascendental, cualquiera que sea el punto de vista bajo que se estudie, ni llega á producir sazonados frutos en un solo dia, ni se revela nunca en las esferas del arte, sin dar una y otra

vez claras señales de su iniciación y desenvolvimiento. Y será tanto más laboriosa y lenta; habrá menester de tanto mayor espacio para realizarse la expresada manifestación, cuanto sean más vivos y enérgicos los instintos del pueblo sobre que ha de reflejar la indicada influencia y más desemejantes á su vida positiva los gérmenes que hayan de fructificar en su seno. Pero hay más: ese movimiento vago, indeterminado, latente acaso para los mismos cultivadores del arte, bien que real, progresivo y lógico para la historia y la filosofía, aunque inherente á la vida intelectual, como la marea al Océano, quedaria las más veces sin efectos visibles, á no venir á completa granazón por medio de otro fenómeno social, que conmueva á deshora los fundamentos de la república. Llega este momento supremo para las letras españolas, al clavarse, bajo las tiendas de Beltran Du-Guesclin, el puñal fratricida del bastardo de Trastámara en el pecho del rey don Pedro; y mientras aquellos vengativos hermanos renuevan ante los muros de Montiel el sangriento y afrentoso drama de Eteocle y Polinice; mientras con el auxilio de extrañas y mercenarias huestes, pone don Enrique sobre sus sienes la corona del Rey Sábio, arraigan en el campo de la literatura española, con fuerza desusada, plantas nacidas en lejano suelo, quitados de pronto los obstáculos que se habían opuesto á su aclimatación y cultivo.

Ninguno de nuestros lectores habrá dejado de comprender que hablamos del doble movimiento literario ya indicado en los últimos capítulos del primer subciclo, y más principalmente del que se refiere al género de literatura universalmente designado con el título de *libros de caballerías*. Nuevo orden de ideas y de sentimientos, nueva materia poética y nueva máquina literaria, en gran modo distintos unos y otras de cuanto había ofrecido á nuestra contemplación el arte que brota espontáneamente en el seno de nuestra cultura, vienen ahora á ser interpretados y expuestos por la lengua de Castilla. El mundo exterior, animado á la voz del poeta, ofrece á vista de los lectores nuevo y sorprendente espectáculo: espantables gigantes, á cuyo poder titánico y brutal se rinden comarcas enteras, yermadas por la ferocidad de semejantes dominadores; horribles y repugnantes enanos, cuya

ingénita malicia y extremada astucia los pone en perpetua guerra con la humanidad que enciende con la bienandanza sus insaciables odios; monstruosos dragones, dotados de inteligencia para guardar en misteriosas cavernas tímidas vírgenes ó malhadadas princesas; pérfidos ó cobardes encantadores, que envidiosos de la agena felicidad, aprisionan con sus artes damas y caballeros, ejecutando en ellos crueles venganzas; genios y hadas bienhechores, que ya elevándose del seno de las ondas, ya morando en las solitarias grutas de la marina ó en la aspereza de las montañas, predicen lo futuro y escriben, al nacer, en la frente de los caballeros las portentosas proezas de su vida, siendo en toda ella sus guías y ángeles tutelares; islas, alcázares y lagos encantados, que encierran en su recinto nunca imaginadas maravillas; fuentes, filtros y bálsamos, que trastornan las mentes y los corazones, alterando á la vista los objetos, trocando en odio ó amor profundo las más débiles pasiones, y restituyendo á la lozanía de la juventud la ancianidad decrepita; talismanes, espejos y conjuros, á cuya virtud se humilla la naturaleza, rompiendo el armonioso concierto de sus eternas leyes y poblando el espacio de sierpes, trasgos y vestiglos; caballos, escudos, lanzas, espadas y cuernos, sometidos al influjo de irresistibles encantos, é instrumentos de altas é inconcebibles victorias; y finalmente caballeros predestinados, á quienes suben la fortuna y el esfuerzo de sus corazones desde la última pobreza á la sublimidad de la púrpura..... hé aquí el fastuoso aparato que iba á desplegarse á los ojos de nuestros mayores en vario, pintoresco y deslumbrador conjunto, para examinar no menos fantásticas y peregrinas historias, á las cuales daba levantado y constante interés lo inesperado de las peripecias y lo dramático de las situaciones.

¿De dónde venía pues ese nuevo sistema poético llamado á producir en los anales de las letras españolas una de sus más trascendentales transformaciones?... ¿En qué literatura se había desarrollado antes de penetrar en la castellana?... ¿De qué modo se verifica ese cambio en el gusto de nuestros escritores y en qué esfera se realiza?... ¿Domina de una manera absoluta en todas las manifestaciones del arte, ó divide su imperio con otras influencias, ya presentidas y que debían por tanto hallar cierta

satisfacción en el campo de la poesía y de la historia?... Cuestiones son todas de no exigua importancia para la crítica; mas no de solución tan fácil que puedan ser tratadas en breves renglones, bien que hayan procurado respecto de las primeras mostrarnos el camino muy insignes escritores extraños. El mismo anhelo de la verdad que en unos reconocemos y el afán que en otros resplandece por sustentar teorías originales, han servido de obstáculo á la verdadera ilustración de esta materia, engendrando al par diversas opiniones, ni todas admisibles por completo, ni dignas todas de ser igualmente desechadas.

A tres pueden y deben, no obstante, reducirse las principales teorías de los que han intentado descubrir las primitivas fuentes del sistema poético, desarrollado en la literatura caballeresca. Primera: la que señala su origen en la de los árabes. Segunda: la que descubre sus primitivos gérmenes en las obras de la antigüedad clásica. Tercera: la que apelando á las enseñanzas de la historia, se precia de hallar los referidos elementos en las naciones del Norte. Examinemos con imparcial sobriedad estas contradictorias opiniones ¹.

Achaque general de la erudición ha sido en cierta época (y achaque de que todavía no ha llegado á convalecer) el designar al pueblo y civilización de los Califas cual fuente obligada de todo desarrollo filosófico, artístico y literario, operado durante la edad-media. Enmudeciendo ante la autoridad de los que proclamaban tales descubrimientos, renunciaron, con no poco daño de la historia, á la investigación de la verdad aquellas privilegiadas inteligencias que hubieran podido ilustrarla; y no fué por cierto más afortunada la crítica literaria en orden á los orígenes de la poesía, que constituye el mundo caballeresco. A la literatura arábica pasaron desde la persa tan maravillosas ficciones, comu-

¹ No juzgamos del todo ocioso el consignar aquí que siendo para nosotros incidentales todas estas cuestiones, no tenemos por acertado darles aquella extensión que en otro caso reclamarían por su importancia. Sin embargo, es de todo punto imposible el dejar de tomarlas en consideración, si hemos de obtener el fruto apetecido de nuestras investigaciones relativas á la aparición de la poesía y literatura caballerescas en la literatura y poesía españolas.

nicándose á España con la dominación sarracena, y extendiéndose desde la Península á las demás naciones de Europa. Sobre este hecho, no demostrado, se ha erigido pues el sistema que pretende en uno y otro sentido explicar el nacimiento de aquella rica y variada literatura. Llevando al centro de las nacionalidades del continente esos elementos extraños á su civilización, los conaturaliza primero en la antigua Armorica ó Bretaña, y los transporta después á Inglaterra, haciéndoles echar duraderas raíces en el país de Gales y á poco andar en el de Cornualla, depositarios ambos de iguales tradiciones y regidos con frecuencia por las mismas leyes ¹. Un monumento, al parecer irrecusable, se presenta en comprobación de estas afirmaciones: la crónica latina de *Monmouth*, traducida del breton por el benedictino Gofredo, antes de subir á la cátedra episcopal de Asaph en 1151; libro formado de diferentes fragmentos, escritos en lengua vulgar desde el VII al IX siglo ².

Indudable es que en esta renombrada crónica aparece ya parte de aquel sistema poético que tiene después extraordinario incremento en los libros de caballerías, llamados á constituir el ciclo breton, narrándose también las hazañas que conquistan al rey Artús la envidiada gloria de ser el primero de los paladines de la *Tabla Redonda*. Los gigantes de aterrador aspecto é in-

¹ El autor y propagador de esta teoría fué el inglés Tomás Warton en su *History of english poetry, from the close of the eleventh to the commencement of the eighteenth* (Londres, 1775), donde consagra una disertación entera á investigar *the origin of romantic fiction in Europe* (t. I, al principio). Mr. de Ginguené extracta esta disertación en el cap. III, II.ª Parte de su *Hist. litter. d'Italie*, t. IV.

² Warton asegura que los MSS. sobre que se fundó la *Crónica de Monmouth* estaban en efecto en lengua bretona ó armoricana, llevando el título de *Bruty-Brenhined*. Hallólos en 1100 Gualtero ó Walter, entendiéndose diácono de Oxford, que viajaba á la sazón en Francia, y llevándolos á Inglaterra, los comunicó tiempos adelante á Godofredo de Monmouth, así llamado por ser arcediano de su Iglesia, al cual han designado algunos autores (Roquesfort Flamirecourt, *État de la poésie française dans les XII et XIII siècles*, III.ª Parte, cap. I), con el nombre de Godofredo Artur.—La última aserción del texto se halla en la pág. 9 del t. I. de la *Historia* de Warton.

contrastable poderío, reservados para enaltecer con su inesperada humillación los triunfos de los caballeros; los dragones maravillosos, cuyos terribles combates llenan de pavor los corazones más esforzados; los portentosos encantamientos y las misteriosas y enigmáticas profecías de Merlin, en que se mencionan leones, sierpes y vestiglos, consultándose el no entendido canto de las aves, cual seguro oráculo; las sorprendentes metamorfosis producidas por este encantador, en virtud de filtros, brevages ó yerbas mágicas; y por último, aquel valor intrépido é irreflexivo que ni conoce el peligro, ni se dobla al infortunio, ni cede á la invencible ley de la fuerza..., todos estos gérmenes existen en efecto en la *Crónica de Monmouth*, anunciando que han de tener en breve notable desarrollo ¹.

Mas no porque reconozcamos dichas circunstancias, será posible admitir la consecuencia que pretenden sacar de ellas los partidarios de la teoría arábica: cuando afirman, como un hecho indubitable, que las obras bretonas, sobre que la expresada crónica se funda, fueron escritas desde el siglo VII, olvidaron lastimosamente que no aparecieron los soldados de Tariq y de Muza hasta el siglo VIII al frente de la antigua Europa, no siendo por tanto imaginable que trajeran al seno de la misma elementos que antes de su venida se reflejaban ya en las producciones del arte y que habian necesitado de largo tiempo para vivir en las tradiciones populares ². Ni anduvieron más cuerdos, al suponer

¹ Puede consultarse lo que dicen sobre este punto los citados Warton, Ginguené y Roquefort, y con ellos Mr. de la Rue en su *Dissertation sur Robert Wace*, inserta en el t. XII de las *Memorias Arqueológicas* de la Academia de Caen; Mr. Mallet en su *Introduction* á la Historia de Dinamarca, y Mr. Graber de Hemsó en su *Saggio Istórico*, que mencionaremos despues. La crónica apellidada de Monmouth, aunque plagada de ficciones, ofrecia no obstanté cierto sentido histórico, comprendiendo la genealogía de los príncipes galeses (welches) desde el troyano Bruto hasta Cadwalladér, que alcanza al siglo VII. Fué impresa en 1503 y 1517 en Paris (fól. y 4.º) con el título siguiente: *Britanniae utriusque regum et principum origo et gesta insignia ab Galfrido monemutensi ex antiquissimis Britannici sermonis monumentis in latinum traducta*.

² El indicado Warton atribuye no escaso valor en esta suerte de mitología romántica á las enormes piedras que existen en Irlanda y Escocia, y

que el expresado sistema habia fructificado en la España cristiana, antes de salvar los Pirineos para comunicar su aliento á otras literaturas; pues no solamente dejaban en completa oscuridad el camino que llevaron aquellas ficciones, al verificar el indicado tránsito, sino que ni apuntaron siquiera en qué monumentos del arte español habian dado señales de vida; requisito sin el cual venia por el suelo toda hipótesis, quedando despojada del racional fundamento de la historia. Verdad es que era esto de todo punto imposible: la literatura española, ya en su manifestacion latino-ecelesiástica, ya en la vulgar, no posee antes del siglo XIV monumento alguno que se asemeje á la *Crónica de Monmouth*, careciendo de apoyo aquella aventurada opinion, no más consistente por cierto, al referirse al ciclo *carlowingio*.

Es la crónica del arzobispo Turpin, compuesta en sentir de los más doctos criticos por un monje del siglo XI, la base generalmente conocida de cuantos poemas ensalzan el valor y la fama de Cárlo-Magno y de sus doce Pares ¹. La analogía de sus ficciones con las fábulas de los libros arábigos (dicen unos) no puede ser más sensible: la historia del Emperador y de Roldan (añaden otros) fué llevada de España á Francia, antes de ser es-

que según las tradiciones populares estaban dotadas de cierta virtud mágica: supónelas ya trasportadas por gigantes de las costas de Africa, ya por los encantamientos de Merlin. Aunque el sentido popular, viciado algun tanto, busease la explicacion del respeto que le inspiraban dichas piedras, en accidentes sobrenaturales, no es posible dudar que ese respeto es hereditario en las regiones de Gaula y Cornualla, y nacido del verdadero objeto, á que estuvieron primitivamente consagrados dichos monumentos. Todo el mundo sabe ya que esas piedras encantadas fueron altares, piras y templos de los antiguos celtas, distinguiéndose, según sus diversas aplicaciones, con los nombres de *men-hires*, *dolmenes*, *alineamientos*, *piedras giratorias ú horadadas*, etc. Por manera que, cualquiera que fuese la trasformacion experimentada en la estimacion del vulgo por este linage de tradiciones, siempre habrá necesidad de confesar que no reconocen su origen entre los árabes, quienes nada tuvieron que ver con aquellos países.

¹ La *Crónica de Turpin* ó *Tilpin* se supuso escrita en el siglo IX; pero nadie ignora ya que sólo apareció durante el XI, con el nombre supuesto de aquel arzobispo, que jamás existió en la Iglesia de Francia. La autoridad de Voltaire ha sido de mucho peso en esta disquisicion crítica (*Essai sur les Mœurs et l'esprit des nations*, t. II, cap. XV).

crita por el famoso arzobispo de Rheims ¹: las maravillas de las hadas, la creación de los gigantes invulnerables, la invención de las armas encantadas y de los mágicos talismanes (observan estos) corresponden de lleno á la poesía del Oriente: la crónica fabulosa de *Turpin* y la no menos peregrina de *Monmouth* (aseguran aquellos) son el fundamento de todos los poemas de la caballería ². En ellas (prosiguen) aparecieron por vez primera los caracteres principales y las fundamentales ficciones que han ministrado tan abundante materia á este linaje de composiciones poéticas. Ningun libro habia hablado antes en Europa de gigantes y encantadores, de dragones y fantásticos vestiglos; y viniendo sin duda todas estas novedades de una misma fuente, fuerza es convenir en que sólo pudieron derivarse de la literatura oriental, representada por los árabes ³.

El procedimiento parece lógico, una vez admitido el princi-

¹ El celebrado prior de Vigéois, muerto en el último tercio del siglo XII, afirmó que la referida *Crónica*, ó al menos el ejemplar que él vió por vez primera, era originario de España; y esta aseveración, á que daba cierto peso la misma antigüedad, ha sido motivo de largas disputas, declarándose finalmente la cuestión de todo punto insoluble (Roquefort, *De la poésie française dans les siècles XII et XIII*, pág. 137). Lo admirable, en nuestro concepto, es que se haya suscitado.

² Dado que todas estas maravillas reconocieran por única fuente las regiones orientales, ¿sería posible concluir en buena crítica que sólo se comunicaron á Europa por medio de los árabes?... Adelante veremos cuán infundado es semejante aserto, que desvanece por otra parte la misma historia de la civilización arábiga en nuestro suelo. En cuanto á ser las crónicas referidas la única base de las ficciones caballerescas, recordaremos aquí las historias romaneescas de Thelesin y Melkin, aducidas por el célebre Huet en su *Origine des Romans*, para refutar la opinión del docto Saumaise, uno de los más entusiastas arabistas. Ambas historias contenían los hechos y empresas del rey Artús y de los caballeros de la *Tabla Redonda*; y aunque no está comprobada su existencia, prueba el indicado testimonio que no fué para todos los escritores tan clara, como pretendieron los partidarios de la influencia árabe, la cuestión que daban ya por resuelta.

³ Ginguené, *Hist. litt. d'Italie*, Parte II, cap. III. Sin embargo de aparecer inclinado á este sistema, vacila no poco al quilatar los hechos en que se fundan los contrarios, limitándose en consecuencia al mero oficio de expositor.

pio; mas sobre no apoyarse en uno de esos hechos que cierran el camino á toda discusión, no sabemos hasta qué punto podrá resistir la prueba de la teoría, que acudiendo á las venerables tradiciones de la antigüedad clásica, niega virtualmente cuantas hipótesis ofendan la continuidad moral de la historia. ¿Por qué cerrais los ojos á las obras del arte homérico y á la historia y mitología greco-romana, para no ver en ella esas ficciones, cuyo origen oscureceis con las nieblas de vuestros gratuitos sistemas?... ¿Hablais de terribles gigantes? Pues ningunos pueden poner más espanto en el ánimo de los hombres que aquellos, de quienes se dijo que osaron levantar el Pelion sobre el Osa, para arrojar á los dioses del Olimpo; ningunos han recibido mayor fama en las producciones del arte que Polifemo y Caco, que Tycio y Anteo. ¿Tratais de magos y encantadores?... Pues recordad las maravillas obradas por Circe y Calypso, Medea y Tyresias. ¿De mónstruos y dragones?... El Cancerbero y la Hidra de Lerna, la Serpiente Pyton y la Esfinge Tebana, el Dragon de las Hespérides y el del Bellocino de Oro, los Centauros y el Minotauro os dirán hasta qué punto llegó la fantasía de los poetas griegos en este linaje de creaciones. ¿De escudos terribles, de armas encantadas?... Traed á la memoria la egida de Minerva, los escudos de Aquiles y de Eneas, la lanza del hijo de Peleo y las flechas de Filoctetes. ¿De héroes invulnerables?... Aquiles sólo puede recibir la muerte por el talon, así como Ferragús sólo puede ser herido en el ombligo; Eneas camina entre las flechas griegas y las llamas que devoran la misera Ilion, sin que llamas ni flechas puedan causarle enojo; Messapo, prole de Neptuno, es superior al hierro y al fuego. ¿Ponderais finalmente las profecías de Merlin?... Comparad, sin embargo, con ellas los oráculos de las Sibilas ¹.... Hé aquí (prosiguen los partidarios de

¹ Esta enumeración es susceptible de extenso desarrollo desde las transformaciones de Júpiter hasta las de Proteo y Glauco. La mitología, sistema completo y altamente hermanado con la ciencia del mundo antiguo, no se borró de la memoria de los hombres tan fácilmente como se ha supuesto, así como no pudo borrarse la noción de la misma ciencia, por grande que fuera la oscuridad de la barbarie. San Isidoro en España, Beda en Inglaterra y los académicos de Carlo-Magno en Francia atestiguan

la teoría clásica) cómo antes de que se escribieran las famosas crónicas de *Monmouth* y de *Turpin* existían en el seno de la sociedad europea todas esas ficciones que sirvieron de fundamento al sistema poético desarrollado en los libros de caballerías.

En el siglo XI, en que estos nacieron (replican sin embargo los arabistas), yacían en olvido profundo Homero y Virgilio; no poseía Europa manuscritos del poeta griego, y los del poeta latino estaban envueltos en el polvo de las bibliotecas de algunos conventos, no frecuentadas de los eruditos ¹. Pero aun cuando este aserto pudiera admitirse, dando por sentado lo que no es histórico ni simplemente verosímil, á saber, que había llegado á borrarse del todo la tradición docta de la literatura clásica; aun cuando semejante afirmación se establezca, al tratar de libros escritos precisamente en lengua latina, todavía conviene reparar en que, transmitidas de edad en edad las supersticiones del mundo antiguo, y con ellas todas las artes goéticas, según en varios pasajes va demostrado, no es propio de críticos que aspiren al título de filósofos el desconocer que debían vivir en la memoria de las gentes todas esas ficciones creadas por la fábula, por más que la distancia y la oscuridad de los tiempos las alterasen y desfiguraran. Y cuando los mismos sostenedores de la teoría que

esta verdad. Los que juzgan que la edad-media cortó con el mundo antiguo toda comunicación, niegan las leyes morales de la historia y hacen imposible toda explicación filosófica de aquel maravilloso movimiento intelectual, conocido con el nombre de *Renacimiento*. Ni cómo se comprendería por otra parte la existencia de ciertos poemas, meramente clásicos por su asunto, aun en la literatura del Norte? ¿Qué significaría por ejemplo la *Eneida* de Enrique de Veldeke, la *Guerra de Troya* de Conrado de Wurzburg y más adelante las *Methamorphosis* de Alberto de Halberstadt?... Verdad es que al negar absolutamente las tradiciones clásicas en la edad-media, se ha perdido de vista que la Crónica de Monmouth y el *Roman du Brut*, que citaremos después, fundan toda su narración en la venida á Inglaterra de un hijo de Ascanio, nieto por tanto del piadoso Eneas, cantado por Virgilio.

¹ Puede admitirse este aserto respecto del cantor de Aquiles, aun cuando nunca con la excesiva latitud que le dá Ginguené, á quien principalmente aludimos (*Hist. litt. de Ital.*, t. IV, cap. cit.): no así en lo tocante á Virgilio, por grandes que fueran las tinieblas de los siglos X y XI en orden á las letras latinas.

sólo concede á los árabes la trasmisión de los expresados elementos, confiesan paladinamente que antes de pasar á las dos crónicas latinas, tenían ya cuerpo y valor en las obras de la muchedumbre, no será ilógica ni aventurada conjetura la que apoyada en el natural desenvolvimiento de la historia, conceda á la tradición clásica cierta intervención en el nacimiento de aquel sistema poético.

Decimos cierta intervención, porque así como es para nosotros insuficiente la teoría de los filo-árabes, para explicar satisfactoriamente este fenómeno literario, así también carece de fuerza y de eficacia para llegar al mismo fin la de los clasicistas, aunque no podamos negar que esos elementos heredados del antiguo mundo podían nuevamente combinarse para dar vida, aun bajo distintas leyes, á las producciones de la fantasía. Mas no bastando por sí solos á formar un sistema tan completo como el que se revela en los libros caballerescos, necesario es volver la vista á distinta fuente, saliéndonos al encuentro la teoría de los que la han hallado en los pueblos del Norte. Grande aparato de erudición histórica y etnográfica despliegan estos ¹, para exponer su opinión, remontándose á los tiempos del famoso rey del Ponto y del más celebrado Odino (Sigge Fridulfson), y partiendo de las conquistas llevadas á cabo por este legislador asiático en la Rusia europea, en las regiones septentrionales y occidentales de la Germania y en Dinamarca, Suecia y Noruega ². Odino, gran

¹ Consúltese sobre este punto el muy apreciable *Cuadro de la literatura del Norte* (Tableau etc. Paris 1853) de Mr. F. G. Eichhoff. Sólo después de contar muchas obras escritas bajo la panta de este excelente libro, podrá llegarse á pronunciar la última palabra en cuestiones de orígenes. El fundamento capital de ella estriba en los estudios etnográficos.

² Warton, que según va notado, es uno de los más distinguidos partidarios de la influencia árabe, toma sin embargo en cuenta estos hechos, llegando á resolver que lejos de destruir su primitiva teoría, la apoyan y esclarecen, por reconocer las ficciones de árabes y escandinavos, que vamos á indicar, un mismo origen en las regiones del Asia. Si esto es así, claro parece que lo mismo podría decirse de las ficciones mitológicas; y constando que los pueblos del Norte tienen verdadero contacto histórico con las naciones en que florece el sistema poético de que tratamos, no hay para qué martirizarse en buscar, como peregrino, lo que al cabo llega á ser propio.